

Santiago Hernández Ruiz

Roberto Caballero Pérez

Para las generaciones de pedagogía formadas entre 1968 y 1975, el nombre de don Santiago Hernández Ruiz les resultará familiar; la mayoría fueron sus alumnos.

El maestro Hernández Ruiz, oriundo de Zaragoza, España, llega a México en el año 1939 con un grupo de intelectuales refugiados, producto de la Guerra civil española.

Para 1939, don Santiago ya tenía una larga trayectoria de trabajo docente: graduado en 1919 en la Escuela Normal de Zaragoza, en 1935 ya era inspector de escuelas. Cabe decir que recibió en 1928 el Premio Nacional de Literatura en España.

A su llegada a México continúa con su carrera pedagógica: primero como profesor; en 1941 como director del Colegio Madrid; en 1948 como supervisor del Sistema de Educación Normal, y funge entre 1959 y 1967 como experto de la UNESCO para América Latina.

En nuestro Colegio imparte cátedra desde 1968 y su influencia puede encontrarse en diferentes preocupaciones didácticas que aún hoy son recordadas o trabajadas por sus ex alumnos, o en temas como los de la cientificidad de la pedagogía, de los cuales surgió el libro *La ciencia de la educación*, escrito en colaboración con otro de nuestros académicos españoles, el profesor Domingo Tirado Benedí.

El profesor Hernández Ruiz impartió cursos en los niveles de licenciatura y posgrado; entre otras asignaturas: Psicología del aprendizaje, Teoría y práctica de la dirección y supervisión escolares, Didáctica de la enseñanza superior, Desarrollo del *curriculum* y Formación y perfeccionamiento del magisterio.

Buena parte de su vida la dedicó a escribir obras pedagógicas; escribió constantemente entre 1928 y 1985. En el área de didáctica podríamos mencionar títulos como: *Psicopedagogía del interés*; *Fracasos escolares*; *La clase*; la colección de textos referidos a cada uno de los grados de Educación Primaria; *La escuela completa del maestro único*, entre otros. En su preocupación por los aspectos teóricos encontramos la ya mencionada *Ciencia de la educación* y la *Teoría general de la educación y la enseñanza*, editada en dos volúmenes.

Sus variados intereses lo llevaron al campo de la historia y, así, publicó la *Antología pedagógica de Platón* y la *Antología pedagógica de Quintiliano*.

Por último, no podría dejar de mencionar una de sus obras más populares y difundidas, *La organización escolar*, materia en la que el profesor Hernández Ruiz fue pionero en nuestro ambiente.

Toda una vida dedicada al magisterio y a tareas pedagógicas diversas, recompensada en 1983 con la obtención del premio Comendador de la orden de Alfonso X, el sabio, otorgado por el rey Juan Carlos I de España.

El fallecimiento de tan distinguido pedagogo acaeció en Valderrobres, España, el 9 de abril de 1988.

José Luis Ibáñez

Héctor Mendoza

Todavía como estudiante de la carrera de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras, José Luis Ibáñez dirige el *Tartufo* con alumnos de la carrera. No fue, por supuesto, una puesta en escena ni madura ni visualmente brillante, pero sí contenía una propuesta llena de sensatez y conocimiento, si no profundo, sí muy acertado, del texto que estaba manejando.

A José Luis Ibáñez le costó muchísimo trabajo adquirir esa brillantez plástica, porque en realidad tal brillantez se opone a un sensato sentido de la proporción, la exactitud y la veracidad que ha acompañado siempre su trabajo, hasta el punto de constituirse en característica. Y es que parece ser que la brillantez, la brillantez entendida como fuegos de artificio en el espacio escénico, resulta sólo de una inventiva carente de reflexión y José Luis Ibáñez no podía ser un creador irreflexivo o irresponsable.

Sin embargo, Ibáñez se esforzó verdaderamente en la consecución de esa brillantez plástica que, a raíz de los primeros programas de *Poesía en voz alta*, parecía comenzar a ser requisito *sine qua non* entre los directores jóvenes de la época. Los últimos programas de *Poesía en voz alta* que él creó, *Asesinato en la catedral*, *Las criadas* y *La moza del cántaro* fueron, en efecto, puestas en escena llenas de una imaginación plástica, tendiente a lograr el tipo de *brillantez* requerido. No del todo logrado, sin embargo, ya que acabó apareciendo en su trabajo, por encima de todo otro intento, la conciencia de la significación textual a transmitir.

Para el público que seguía su trabajo, el logro de la brillantez plástica perseguida culminó en *La gatomaquia*, que llegó a ser su trabajo máspreciado. Yo nunca estuve muy seguro de tal cosa; es decir, no de que fuera un excelente trabajo, pues lo era, sino de que fuera excelente debido a la brillantez plástica que lo ilustraba. A mí me pareció que el logro de *La gatomaquia* radicaba, en cambio, en la *brillantez intelectual*.